

Antes de la Caída

Evidencia de una Edad de Oro

Por Steve Taylor



Si preguntaras a la gente cómo era la vida en tiempos prehistóricos, la mayoría evocaría una imagen como las famosas escenas iniciales de *2001: Una Odisea en el Espacio*: grupos de peludos salvajes gruñendo y saltando, echando espuma por la boca con agresividad mientras se golpean unos a otros en las cabezas con palos. Damos por sentado que la vida era mucho más difícil entonces, una batalla por la supervivencia, en la que todos compiten para encontrar comida, luchando contra los elementos, los hombres peleando por las mujeres y todos muriendo jóvenes a causa de las enfermedades o por desnutrición.

Toda una rama de la "ciencia" ha crecido en torno a esta visión de la historia temprana de la raza humana. Esta es una disciplina relativamente nueva de la psicología evolutiva, que trata de explicar todos los aspectos negativos de la naturaleza humana como "adaptaciones" que desarrollaron los primeros pueblos porque tenían algún valor de supervivencia. Los psicólogos evolutivos explican rasgos como el egoísmo y la agresión en estos términos. La vida era una lucha tal que solo las personas más egoístas y agresivas sobrevivían y transmitían sus genes. Las personas con genes benévolos y pacíficos se habrían extinguido, simplemente porque habrían perdido en la batalla por la supervivencia.

Los psicólogos evolutivos también ven el racismo y la guerra como "naturales". Es inevitable que los diferentes grupos humanos sean hostiles entre sí, porque alguna vez todos vivíamos al borde de la inanición y peleábamos por recursos limitados. Cualquier tendencia a mostrar simpatía por otros grupos habría reducido las posibilidades de supervivencia de nuestro propio grupo.

Pero, afortunadamente, no tenemos que creernos ninguna de estas absurdas tonterías. Ahora hay una gran cantidad de evidencia arqueológica y antropológica que sugiere que esta visión del pasado de la raza humana es completamente falsa. La vida de los seres humanos prehistóricos era mucho menos sombría de lo que podríamos imaginar.

Consideremos que la vida era una "lucha por sobrevivir". La evidencia sugiere que la vida de los seres humanos prehistóricos era mucho más fácil que la de los pueblos agrícolas que los sucedieron. Hasta alrededor del año 8000 a. C., todos los seres humanos vivían como cazadores-recolectores. Sobrevivieron cazando animales salvajes (trabajo del hombre) y recolectando plantas silvestres, nueces, frutas y verduras (trabajo de la mujer). Cuando los antropólogos comenzaron a observar cómo los cazadores-recolectores contemporáneos usaban su tiempo, se sorprendieron al descubrir que solo pasaban de 12 a 20 horas por semana buscando comida, ¡entre un tercio y la mitad de la semana laboral promedio moderna! Debido a esto, el antropólogo Marshall Sahlins llamó a los cazadores-recolectores "la sociedad próspera original". Como señaló en su famoso artículo del mismo nombre, para los cazadores-recolectores, "La búsqueda de comida es tan exitosa que la mitad del tiempo la gente parece no saber qué hacer consigo misma". (1)

Por extraño que parezca, la dieta de los cazadores-recolectores era mejor que la de muchos pueblos modernos. Aparte de la pequeña cantidad de carne que comían (10-20% de su dieta), su dieta era prácticamente idéntica a la de un vegano moderno: sin productos lácteos y con una amplia variedad de frutas, verduras, raíces y nueces, todo comido crudo (que los expertos en nutrición nos dicen que es la forma más saludable de comer). Esto explica en parte por qué los esqueletos de los antiguos cazadores-recolectores son sorprendentemente grandes y robustos, y muestran pocos signos de enfermedades degenerativas y caries. Como escribe el antropólogo Richard Rudgley: "Sabemos por lo que comían y por el estado de sus esqueletos que los cazadores estaban, en general, en bastante buena forma". (2)

Los cazadores-recolectores de Grecia y Turquía tenían una altura promedio de cinco pies y diez pulgadas (1,78 m) para los hombres y cinco pies y seis (1,67 m) para las mujeres. Pero después del advenimiento de la agricultura, estos se redujeron a cinco pies y tres (1,60 m) y cinco pies y una (1,55 m). Un sitio arqueológico en el valle inferior de Illinois en el centro de EE. UU. muestra que cuando las personas comenzaron a cultivar maíz y cambiaron a un estilo de vida sedentario, hubo un aumento en la mortalidad infantil, retraso en el crecimiento en adultos y un aumento masivo de enfermedades relacionadas con la desnutrición.

Los cazadores-recolectores eran mucho menos vulnerables a las enfermedades que los pueblos posteriores. De hecho, hasta los avances de la medicina moderna y la higiene de los siglos XIX y XX, es posible que hayan sufrido menos enfermedades que cualquier otro ser humano en la historia. Muchas de las enfermedades a las que ahora somos susceptibles solo llegaron cuando domesticamos animales y comenzamos a vivir cerca de ellos. Los ani-

males nos transmitieron una gran cantidad de enfermedades a las que nunca antes habíamos estado expuestos. Los cerdos y los patos nos contagiaron la gripe, los caballos nos dieron resfriados, las vacas nos dieron la viruela y los perros nos dieron el sarampión. Y más tarde, cuando los productos lácteos se convirtieron en parte de nuestra dieta, aumentamos aún más nuestra exposición a enfermedades a través del consumo de leche, que transmite al menos 30 enfermedades diferentes. En vista de esto, no es de extrañar que con la llegada de la agricultura, la esperanza de vida de las personas se hizo más corta.

La transición de un estilo de vida de cazadores-recolectores nómadas a uno agrícola de asentamiento comenzó en el Medio Oriente alrededor del año 8000 a. C., extendiéndose a Europa y Asia durante los siguientes milenios (y desarrollándose de forma independiente en algunos lugares). Muchas de las culturas del mundo tienen mitos que se refieren a una época anterior cuando la vida era mucho más fácil y los seres humanos eran menos materialistas y vivían en armonía con la naturaleza y entre ellos. En la antigua Grecia y Roma esto se conocía como la Edad de Oro; en China fue la Edad de la Perfecta Virtud, en la India fue el *Krita Yuga* (Edad Perfecta); mientras que la tradición judeocristiana tiene la historia del jardín del Edén. Estos mitos nos dicen que, ya sea como resultado de una larga degeneración o de una “caída” repentina y dramática, algo “salió mal”. La vida se volvió mucho más difícil y llena de sufrimiento, y la naturaleza humana se volvió más corrupta. En términos taoístas, mientras que los primeros seres humanos siguieron el Camino del Cielo y formaron parte de la armonía natural del Universo, los seres humanos posteriores se separaron del Tao y se volvieron egoístas y calculadores.

Muchos de estos mitos hacen claras referencias a la forma de vida de los cazadores-recolectores; por ejemplo, el historiador griego Hesíodo afirma que durante la Edad de Oro “la tierra fértil daba [a los seres humanos] abundantes frutos sin límite”, mientras que el texto hindú primitivo *Vaya Purana* afirma que los primeros seres humanos “frecuentaban las montañas y los mares, y no habitaban en casas” (es decir, vivían una forma de vida no sedentaria). La historia del jardín del Edén sugiere esto también. Originalmente, Adán y Eva comieron del fruto del árbol del conocimiento, hasta que se vieron obligados a abandonar el jardín y a “trabajar duro y sudar para que la tierra produzca cualquier cosa”. Parece que, al menos en parte, estos mitos son una especie de “memoria popular” del modo de vida preagrícola. Los pueblos agricultores que trabajaban más duro y durante más tiempo, tenían vidas más cortas y sufrían muchos más problemas de salud, debieron considerar la antigua forma de vida de los cazadores-recolectores como una especie de paraíso.

Guerra y opresión social

Hay otras razones significativas por las que estos pueblos habrían visto tiempos anteriores como una Edad de Oro. Hay una gran cantidad de evidencia que sugiere que los seres humanos prehistóricos eran mucho menos belicosos que los pueblos posteriores. Los estudios arqueológicos en todo el mundo apenas han encontrado evidencia de guerras durante toda la fase de cazadores-recolectores de la historia. Hay, de hecho, solo dos casos indiscutibles de violencia grupal durante todas estas decenas de miles de años.

Un conjunto de sitios alrededor del valle del Nilo muestra algunos signos de violencia alrededor del 12.000 a.C. El sitio de Jebel Sahaba, por ejemplo, tiene una tumba que contiene los cuerpos de más de 50 personas que aparentemente sufrieron una muerte violenta. Y en

el sureste de Australia, hay algunos signos de lucha entre tribus, así como de otros tipos de violencia social, como la deformación craneal de los niños, en varios sitios diferentes que datan de 11.000 y 7.000 a.C. El libro de Lawrence Keeley *War Before Civilization* (La Guerra antes de la Civilización) sugiere varios otros ejemplos de violencia y guerra prehistórica, pero todos estos son dudosos y han sido descartados por otros académicos. Por ejemplo, Keeley ve las marcas de corte en los huesos humanos como evidencia de canibalismo, cuando es más probable que sean el resultado de rituales funerarios prehistóricos de limpiar los huesos de su carne. También interpreta dibujos muy abstractos y estilizados en cuevas de Australia que representan batallas, cuando están abiertos a una amplia variedad de otras interpretaciones. De esta manera, como señala el antropólogo R. Brian Ferguson, la “retórica de Keeley excede su evidencia al implicar que la guerra es tan antigua como la humanidad”. (3)

La falta de pruebas para la guerra es sorprendente. No hay signos de muerte violenta, ni signos de daño o interrupción por la guerra, y aunque se han encontrado muchos otros artefactos, que incluyen una gran cantidad de herramientas y ollas, hay una ausencia total de armas. Como señala Ferguson, “es difícil entender cómo la guerra pudo haber sido común antes en cada área y permanecer tan invisible”. Los arqueólogos han descubierto más de 300 "galerías de arte" prehistóricas en cuevas, ninguna de las cuales contiene representaciones de guerra, armas o guerreros. En palabras del antropólogo Richard Gabriel, “Durante los primeros noventa y cinco mil años después de que comenzara la edad de piedra del Homo sapiens [hasta el 4000 a. C.], no hay evidencia de que el hombre participara en la guerra en ningún nivel, y mucho menos en un nivel que requiera violencia grupal organizada. Hay poca evidencia de cualquier matanza en absoluto.” (4)

Parece que también había igualdad entre los sexos en tiempos prehistóricos. El hecho de que las mujeres proporcionaran gran parte de los alimentos de la tribu indica claramente que tenían el mismo estatus, ya que es difícil ver cómo podían tener un estatus bajo mientras desempeñaban un papel económico tan importante. La actitud saludable y abierta que los antiguos cazadores-recolectores tenían hacia el cuerpo humano y el sexo, demostrada por la enorme cantidad de imágenes y objetos sexualmente explícitos que los arqueólogos han descubierto, también sugiere esto, ya que la opresión de la mujer parece estar estrechamente ligada a un sentimiento de alienación del cuerpo humano, y una actitud negativa hacia los instintos y procesos corporales.

Los pueblos indígenas contemporáneos también son sexualmente igualitarios. Antes de la conquista y la colonización europeas, muchos de ellos rastreaban la descendencia y la posesión de bienes a través de la madre en lugar del lado paterno de la familia. Y como señala el antropólogo Tim Ingold, en las sociedades de cazadores-recolectores de “retorno inmediato” (es decir, sociedades que viven utilizando inmediatamente cualquier alimento u otros recursos que recolectan, en lugar de almacenarlos para su uso posterior), los hombres no tienen autoridad sobre las mujeres. Las mujeres generalmente eligen a sus propios cónyuges, deciden qué trabajo quieren hacer y trabajan cuando lo desean, y si un matrimonio se rompe, tienen derechos de custodia sobre sus hijos. (5)

En las sociedades prehistóricas tampoco existían diferencias de estatus entre los individuos. No había diferentes clases o castas, con personas que tenían más poder y posesiones que otras. Para los arqueólogos, los signos más evidentes de desigualdad social son las dife-

rencias en las tumbas, en cuanto a tamaño, posición y los bienes que se depositan en ellas. Las sociedades agrícolas posteriores tienen tumbas más grandes y centrales para personas más "importantes", que también tienen muchas más posesiones en su interior. Los hombres generalmente tienen tumbas más "importantes" que las mujeres. Pero las tumbas de los antiguos cazadores-recolectores son sorprendentemente uniformes, con poca o ninguna diferencia de tamaño y poca o ninguna riqueza funeraria.

Casi todos los cazadores-recolectores contemporáneos muestran una llamativa ausencia de cualquiera de las características que asociamos con la desigualdad social. El antropólogo James Woodburn habla del "profundo igualitarismo" de los pueblos recolectores de retorno inmediato y enfatiza que ninguna otra forma de vida humana "permite tanto énfasis en la igualdad". (6) Los pueblos recolectores también son sorprendentemente democráticos. La mayoría de las sociedades operan con un líder de algún tipo, pero su poder suele ser muy limitado y pueden ser depuestos fácilmente si el resto del grupo no está contento con su liderazgo. Las personas no buscan ser líderes; de hecho, si alguien muestra signos de un deseo de poder y riqueza, generalmente se les excluye de la consideración como líderes. E incluso cuando una persona se convierte en líder, no tiene derecho a tomar decisiones por su cuenta. Las decisiones se toman en cooperación con otros miembros respetados del grupo.

La explosión del ego

Todo esto es un fuerte argumento en contra de la idea de que los seres humanos prehistóricos eran unos brutos y cuya única preocupación era la supervivencia, y cuyas vidas estaban llenas de crueldad y conflicto, ya que los hombres competían entre sí por el estatus, la comida y el sexo. La guerra, la opresión social y la dominación masculina, y una existencia que era "desagradable, brutal y breve", pertenecen a una fase posterior de la historia humana. La evidencia de obras de arte, cementerios y sitios de batalla sugiere que hubo una "erupción" de estas patologías sociales durante el cuarto milenio a.C., comenzando en Oriente Medio y Asia central. La causa raíz de este cambio parece haber sido ambiental. Alrededor de este tiempo, áreas masivas de tierra que habían sido fértiles durante miles de años comenzaron a convertirse en desierto. Esto sucedió en todo el Oriente Medio y Asia central, creando el enorme cinturón de tierra árida o desértica que se extiende desde las estepas del sur de Rusia hasta los desiertos de Arabia e Irán. Los grupos que vivían en esas áreas, incluidos los indoeuropeos y semitas originales, se vieron obligados a huir y buscar nuevas tierras fértiles, lo que provocó oleadas masivas de migraciones.

Este desastre ambiental parece haber cambiado la psique de estos pueblos. Mientras que antes habían sido pacíficos e igualitarios, ahora se volvieron agresivos, jerárquicos y patriarcales. Durante los siglos siguientes se extendieron por Europa, Oriente Medio y Asia, matando y conquistando a los pacíficos pueblos del "Viejo Mundo" que encontraron, incluida la civilización de la Vieja Europa (que fue reconstruida por la arqueóloga Marija Gimbutas). Para el año 500 a. C., estos pueblos habían conquistado casi por completo toda Eurasia, dejando solo unos pocos pueblos indígenas, como los lapones de Escandinavia, los pueblos tribales de Siberia y los pueblos indígenas de los bosques y colinas de la India. En Europa continental, los únicos pueblos indígenas no indoeuropeos que sobrevivieron fueron los vascos del norte de España (que sorprendentemente aún sobreviven hoy) y los etruscos de Italia, que pronto serían aniquilados por los romanos.

En mi libro *La Caída*, trato de explicar cómo estas personas eran (y son) diferentes de los pueblos pacíficos que los precedieron. Mi teoría es que la catástrofe ambiental (la desecación de sus tierras fértiles) provocó una “explosión del ego”. Estos pueblos desarrollaron un sentido de identidad o de individualidad más fuerte y más agudo, lo que los hizo sentirse más separados de la naturaleza y de otras personas, y más propensos a ser agresivos y codiciar el poder y el estatus. Nosotros, los euroasiáticos modernos, somos descendientes de estos pueblos, y hemos heredado su fuerte sentido del ego. Esta sigue siendo la principal diferencia entre nosotros y los pueblos indígenas “no caídos” como los nativos americanos, los aborígenes australianos y los pueblos de Oceanía, y la razón por la que tienen una actitud mucho más respetuosa con la naturaleza que nosotros, y una visión más espiritual del Universo. Nuestro fuerte sentido del ego nos “aisla” de otras personas y de la naturaleza, nos hace incapaces de sentir la vitalidad del mundo que nos rodea y, en última instancia, puede ser responsable de nuestra extinción como especie.

Sin embargo, hay algunas señales de que, como cultura, estamos trascendiendo lentamente la psique "caída" y yendo más allá de nuestra ego-separación. Durante los últimos 300 años más o menos, se ha producido un nuevo espíritu de empatía, que ha llevado a un trato menos cruel hacia los niños y los animales, castigos menos severos para los criminales, el movimiento de la mujer, la abolición de la esclavitud, el movimiento socialista, un nuevo respeto por la naturaleza, una actitud más abierta y saludable hacia el sexo y el cuerpo humano, etc. Y ha habido un nuevo sentido de lo sagrado y de la posibilidad de la auto-trascendencia, lo que ha llevado a un aumento masivo del interés por las filosofías y prácticas esotéricas y espirituales como el paganismo, el chamanismo, el budismo, la meditación, etc.

Hay señales de que nos estamos reconectando con la naturaleza, recuperando nuestro sentido de la vitalidad del mundo y de los misterios ocultos del cosmos. Las características de la edad de oro prehistórica pueden estar resurgiendo lentamente. La única pregunta es si queda suficiente tiempo para que estas características emerjan plenamente, antes de que la vieja psique “caída” nos lleve a la autodestrucción.

La idea de que la historia humana es una progresión gradual pero continua, a partir de un estado de salvajismo, con generaciones que lentamente hacen avances tecnológicos y sociales y los transmiten, y conducen a la cima de la civilización de la Europa occidental, es un remanente de la era victoriana, parte de la misma mentalidad colonial que veía a los pueblos indígenas “primitivos” como sub-humanos que podían ser conquistados y asesinados justificadamente. Más que una progresión, los últimos 6.000 años de guerra, opresión, miseria y penurias son el resultado de una dolorosa degeneración de un estado anterior más saludable. Es posible que finalmente estemos avanzando ahora, pero solo en el sentido de dar un giro completo y reavivar los destellos de la antigua armonía.

Notas:

1. Sahlins, M. (1972). *Stone Age Economics*. Nueva York: Aldine de Gruyter, p.36.
2. Rudgley, R. (2000). *Secrets of the Stone Age*. Londres: Random House, pág. 36.

3. Ferguson, R. B. (2000). 'The Causes and Origins of Primitive Warfare.' *Anthropological Quarterly*, 73.3, 159-164, p.159.
4. Gabriel, R. (1990). *The Culture of War: Invention and Early Development*. Nueva York: Greenwood Press, pág. 21
5. Ingold, T., Riches, D. y Woodburn, J. (Eds.). (1988). *Hunters and Gatherers, Volume 2: Property, Power and Ideology*. Oxford: Berg.
6. Woodburn, J. (1982). 'Egalitarian Societies'. *Man*, 17, 431-51, p.432.



Steve Taylor es autor de *Extraordinary Awakenings: When Turmoil Leads To Trauma*, y de varios otros libros sobre psicología y espiritualidad. Es profesor titular de psicología en la Universidad de Leeds Beckett y tutor de espiritualidad contemporánea en Alef Trust. Sus libros se han publicado en 20 idiomas, y Eckhart Tolle ha descrito su trabajo como "una importante contribución al cambio de conciencia que está ocurriendo en nuestro planeta en la actualidad".

Más información

Fuente: *New Dawn Magazine # 95 (Marzo-Abril 2006)*